

un fenómeno actual (la migración) que nos implica desde situaciones diversas como futuros profesionales de la psicología, y que va más allá del acercamiento a información pertinente, conceptos, autores, tendencias o a la comprensión del fenómeno mismo, sino que nos demanda profundizarlo en tanto dinamizador de los individuos, los grupos, las comunidades, las sociedades, las instituciones y las culturas.²

A manera de conclusión insistiré en la necesidad de estar atentos a los procesos de formación que se derivan de las materias optativas, ya que ello permitirá mejorar el currículum y la práctica cotidiana de las aulas, siendo necesario que todos estemos alertas a lo que nos aporta y a la manera como nos va definiendo un perfil como Programa Educativo y como actores del proceso. Y también, sugerir a los estudiantes que en su proceso de elección de las optativas, consideren como elemento fundamental su papel protagónico para definir parte de su currículum y con ello orientar sus intereses hacia un área de la psicología en particular, vivenciando estos espacios para ir tomando esa decisión mayor al elegir el área del año modular.

¹ No es un dato con sustento en alguna investigación, es un dato a partir de conversaciones informales con estudiantes y profesores.

² Aprovecho para agradecer la disposición del grupo para participar de esta experiencia de aprendizaje un tanto singular.

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz-Barriga y otros (1990): *Metodología de diseño curricular para educación superior*. México, Trillas.
- Jimeno Sacristán, J. (1992): *El currículum: una reflexión sobre la práctica*. Madrid, Morata.
- Lundgren, U. P. (1991): *Teoría del currículum y escolarización*. Madrid, Morata.
- Pineda, Orozco y otros (2000): *Currículum de la Licenciatura en Psicología*. Morelia, mimeo, UMSNH.

Docencia y Psicología: tareas en continuo proceso

El autor de este artículo, Maestro en Psicología, catedrático de la Escuela de Psicología, nos comparte su visión acerca de la docencia y sus implicaciones éticas, a partir de la intención que debe haber en el maestro de ejercer no sólo una actividad informativa, sino formativa que requiere de un proceso para asumir la responsabilidad que conlleva. Aunque el tema se puede aplicar a todo aquél que ejerza esta actividad, dirige esta motivación especialmente a los docentes de nuestra Escuela.

Leobardo Ortiz Díaz

La tarea del docente es una actividad que en sí misma exige dedicación, pero sobre todo, *intención*. La necesidad de la dedicación es evidente: el docente no puede entrar en el aula para ver qué se le ocurre transmitir, de qué se le ocurre hablar; es necesario dedicar horas previas a la sesión diaria, para presentar de mejor manera los contenidos que se pretenden revisar. Esta dedicación es necesaria también para coordinar los trabajos o los debates a que conduzcan los contenidos de la sesión, ello no obstante que se suponga – aunque sea real- que la materia que se está impartiendo se domina, ya por los años de experiencia, ya porque se es docto en la misma.

La *intención* es otra cosa. Tiene muy altos merecimientos: motivar a los alumnos para que se interesen en la materia. La intención del docente tiene que ser el crecimiento del alumno, que éste crea en sí mismo, que recree el conocimiento, que analice, que critique... que proponga. También que nos mejore. ¡Cuándo el alumno supera al maestro, estamos logrando nuestro objetivo, nuestra intención! Pérez Tamayo nos señala que:

El mal maestro vigila con gran celo que el alumno nunca sea mejor que él, en cambio, el buen maestro tiene como objetivo principal que sus alumnos lo superen, los ayuda con desinterés y entusiasmo para que lo logren, y cuando ya es un hecho, los reconoce y los aplaude felizmente. (1995: 61).



Nuestra labor en la Escuela de Psicología, o en cualquier otra, estará bien resguardada si pretendemos lo que nos sugiere Ruy Pérez Tamayo: Motivar a nuestros alumnos a ser mejores que nosotros. De ese tamaño tiene que ser el desprendimiento del maestro. Esa debe ser nuestra intencionada tarea, una tarea que nunca queda completamente acabada.

Pero el maestro tirano no ha desaparecido, existe en la persona del docente que no permite los cuestionamientos, las críticas, las aportaciones. Es un maestro que no sólo no ha crecido, sino que su intención es que el alumno tampoco lo haga. No se es maestro, por el solo hecho de pararse ante un grupo de ilusionados alumnos. Pues es necesario que se fomente la comunicación, la cual no se reduce -al menos la comunicación que requiere el proceso educativo para su mejor desarrollo-, a un monólogo por parte del docente, siendo este último, un artificio del maestro tirano, dictador; único dueño de la palabra... y de la verdad.

No es difícil aceptar que el vínculo educativo entre el docente y el alumno se ve favorecido con la técnica del seminario -técnica socorrida en la práctica docente nuestra-, pues ésta permite al alumno investigar, preguntar, exponer, disentir y aportar sus propias opiniones, con lo que pasa del papel exclusivamente pasivo, a un papel dinámico en las aulas de nuestra escuela. Lo que, por cierto, no sucede en otras instituciones de la propia universidad. Cada escuela o facultad de nuestra alma mater trabaja de una manera propia, pero, en la mayoría de ellas casi exclusivamente se usa la técnica de la conferencia. El único que habla es el maestro, el alumno sólo escucha, en el mejor de los casos, u oye, en los otros. Con el seminario, maestro y alumno interactúan, trabajan juntos. Crecen juntos.

Es por ello que, la conducción del proceso mediante el cual se pretenden transmitir los conocimientos y las habilidades, del psicólogo actual al futuro psicólogo, requieren del concurso de la pedagogía, entendiendo a ésta simplemente como "ciencia de la educación". Ello se entiende así, porque, como anotábamos arriba, no basta el dominio de los contenidos para que éstos sean transmitidos y comprendidos por un público receptor, en este caso, los alumnos. Tenemos que encontrar la mejor manera de que esto (la comprensión) realmente suceda. "El equilibrio entre la

competencia en la disciplina enseñada y la competencia pedagógica debe respetarse cuidadosamente" (Delors, 1998:166). Cuidar este equilibrio al interior de las aulas es labor del docente en el desarrollo del proceso educativo, tal como nos lo indica Jacques Delors en su texto: "La educación encierra un tesoro".

Desde esta perspectiva, es mucho lo que la pedagogía tiene que decirnos para lograr de mejor manera la tarea del psicólogo metido a docente, o de cualquier otro profesionista, en general, que se inicie en esta labor. La pedagogía puede ayudarnos a crecer como maestros, puesto que el magisterio es una profesión aparte. Es nobleza. Si no se entiende así, no se puede ser maestro. Empatar la profesión de psicólogo (o cualquier otra) con la profesión de maestro debe verse con más respeto de lo que a simple vista aparece. Fernando Savater nos da la razón cuando escribe:

Aquí está el secreto: la virtud humanista y formadora de las asignaturas que se enseñan no estriba en su contenido intrínseco, fuera del tiempo y del espacio, sino en la concreta manera de impartirlas, aquí y ahora. No es cuestión de qué, sino del cómo. (1997:128). (Negrillas mías).

Es nuestra obligación armonizar ambas premisas. Los docentes tenemos la oportunidad única de propiciar en el alumno, del nivel que sea, pero, particularmente en el del nivel superior, el interés en la materia de que se trate, porque seguramente será su herramienta de trabajo. Debemos propiciar el *aprender a ser*, más que el *aprender a hacer*, que el alumno aprenda a ser por sí mismo. Hasta acá debe alcanzar la intención del docente, como dice Delors:

Una de las misiones esenciales de la formación de los docentes, tanto inicial como continua, es desarrollar en ellos (los maestros) las cualidades éticas, intelectuales y afectivas que la sociedad espera que posean para que después puedan cultivarlas en los alumnos. (1998, 167).

Porque los alumnos después deberán ponerlo en práctica en la sociedad a la que atenderán.

Pero..., ¿quién nos forma a los docentes (de la Escuela de Psicología)? ¿Quién, o qué, nos hace



«Pastel»

Saúl Montero



“éticos”?, ¿el Centro de Didáctica?... Preponderantemente, la práctica. Porque seguro que son pocos los maestros egresados de alguna escuela formadora de docentes. Sin embargo, acepto que esta repuesta no es inválida. Conozco excelentes maestros que jamás pisaron una escuela normal, y conozco otros que habiendo egresado de alguna de éstas, han sido pésimos maestros. ¿Qué cuál es el punto? Que necesitamos crecer como maestros, hacernos de herramientas didácticas para auxiliarnos en la conducción de nuestras materias. Que necesitamos amar y respetar nuestro trabajo. Ese es el punto, nada más, pero tampoco nada menos. Ahora bien, hacer éticamente nuestro trabajo sólo puede encontrar respuesta en la actividad cotidiana de cada uno de nosotros. La ética se ejerce, no se verbaliza. Es una tarea constante. Sólo encuentra verificativo en el ejercicio práctico.



César Arceo

Tenemos una oportunidad quizás única ante este proyecto que está pariendo nuestra universidad: la Escuela de Psicología. Era apremiante la demanda de la sociedad michoacana para que se creara esta escuela. Estamos en el momento justo para que nuestra escuela se encamine hacia esa sociedad que exigió su apertura, que apoye a esa sociedad que pedía que naciera. No permitamos, como dice Savater, que sólo sirva para acallar el justo reclamo que se hacía. Después de todo, allá donde se ha logrado poner en vigor la enseñanza obligatoria también abunda la masificación y el fracaso escolar, la desidia burocrática de los docentes, la arbitrariedad vacilante de los planes de estudio, incluso quizá el perverso propósito de convertir a los neófitos en dóciles y adocenados robots al servicio de la omnipotencia castradora del poder establecido. (1997: 184). Ésta también es una intención más en la actividad del docente de psicología.

Veamos: Savater nos da la pauta. Ya estamos aquí, ahora debemos ver cómo queremos permanecer: como docentes reproductores de autómatas o como docentes formadores de profesionistas críticos que aporten a su sociedad el análisis frío de un status quo que ella misma ha provocado o consentido. Todo profesionista metido a docente debemos tener la intención de ir más allá de nuestra propia asignatura: ¿para qué es?, ¿a quién sirve?, ¿qué pretende?, ¿cómo logra sus objetivos?, ¿qué alcances tiene?, ¿qué efectos logra?, etc., y con ello ir allende nuestros muros, ir hacia la sociedad a través del análisis de nuestros alumnos que empezarán a cuestionar su entorno. Porque nuestra tarea no es exclusiva para nuestros alumnos, también tenemos una responsabilidad con la sociedad, que al final, aunque pobremente, nos financia.

Los maestros somos responsables en buena medida de los resultados que obtengan nuestros egresados. No podemos socarronamente culpar al sistema y olvidar cualquier otro razonamiento que se pudiera desprender de este análisis.

...me ha tocado ver a los maestros (de educación primaria, media o superior) cumpliendo a medias su tarea y completando su salario con los oficios más inverosímiles (chofer de microbús, torteros, dependientes de alguna tienda departamental o despachadores de gasolina). Los maestros no ganan bien, pero tampoco enseñan bien. (Dehesa, 1995, 10).



Pero, ¿cómo enseñamos los maestros? Enseñamos como nos enseñaron. Simplemente reproducimos los mismos mecanismos con los cuales nos enseñaron. Justo aquí está el meollo, ser maestro nos obliga a ser más, para que nuestros alumnos sean más.

La labor docente tiene que nacer de las entrañas de uno mismo; para ser docentes debemos sentir la fortuna de compartir espacio y tiempo con los grupos de jóvenes que atienden nuestro mensaje, o que corresponden a nuestras intenciones. El maestro sigue siendo guía, por más que la pedagogía moderna pretenda negarlo o evitarlo.

...Por muy grande que sea el refinamiento de nuestras máquinas, la pieza central tiene que ser el hombre; en este caso: el maestro... El comunicador por excelencia tiene que ser el maestro. En esta cápsula espacial y temporal... el maestro es el timonel, ingeniero de máquinas, dueño de la brújula, vigía y remero voluntario. Su trabajo es más pasión que oficio, el trabajo, que para serlo tiene que ser gustoso, atender el amor por la belleza, la ardua democracia, la tolerancia, el gozo del conocimiento... (Dehesa, 1995,11).

¡Cuántas cosas es un maestro! ¡Cuántas cosas tenemos la obligación de ser los que nos decimos maestros!

En este espacio, los docentes somos co-formadores de psicólogos -explicadores del otro-, por ello debemos tener la intención de desenmascarar el complejo contenido de ese otro, ente individual, ente social, condensado en sus difuminadas y fantasmagóricas revelaciones, de lo contrario el esfuerzo no sólo es vano, sino que es falto de toda ética. Llevar la verdad -por más parcial y monocular que sea-, al otro. Devolverle su verdad, deducida a partir de su desiderata debe ser preocupación y ocupación del psicólogo. Y debe ser la preocupación y ocupación del docente de psicología. Es tarea, no para los alumnos, sino para nosotros, los maestros. La docencia y la psicología, son pues, tareas... en continuo proceso.

BIBLIOGRAFÍA

- Braunstein, Néstor, y otros, (1990), *Psicología: Ideología y ciencia*, Siglo XXI, México.
- Dehesa, Germán, (1995), *Una rosa para el maestro*, en Los retos del próximo milenio, SNTE, México.
- Delors, Jacques, (1998), *La educación encierra un tesoro*, UNESCO, México.
- Pérez Tamayo, Ruy, (1995), *El maestro y el poder del conocimiento*, en Los Retos del Próximo Milenio, SNTE, México.
- Sabater, Fernando, (1997), *El valor de educar*, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, México.

